

2.º domingo de Cuaresma C

*Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto.
Escuchadle. (Mt 17,5)*



Primera lectura

Génesis 15,5-12.17-18

En aquellos días, Dios sacó afuera a Abrán y le dijo: – Mira al cielo, cuenta las estrellas si puedes. Y añadió: – Así será tu descendencia.

Abrán creyó al Señor y se le contó en su haber.

El Señor le dijo: – Yo soy el Señor que te sacó de Ur de los caldeos, para darte en posesión esta tierra.

El replicó: – Señor Dios, ¿cómo sabré que voy a poseerla?

Respondió el Señor: – Tráeme una ternera de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un pichón.

Abrán los trajo y los cortó por el medio, colocando cada mitad frente a la otra, pero no descuartizó las aves. Los buitres bajaban a los cadáveres y Abrán los espantaba.

Cuando iba a ponerse el sol, un sueño profundo invadió a Abrán y un terror intenso y oscuro cayó sobre él. El sol se puso y vino la oscuridad; una humareda de horno y una antorcha ardiendo pasaban entre los miembros descuartizados.

Aquel día el Señor hizo alianza con Abrán en estos términos: – A tus descendientes les daré esta tierra, desde el río de Egipto al Gran Río.

Segunda lectura

Filipenses 3,20 – 4,1

Hermanos y hermanas: Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. El transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa, con esa energía que posee para sometérsele todo. Así, pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos.

Evangelio

Lucas 9,28b-36

En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña, para orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron con gloria; hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén.

Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y espabilándose vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él.

Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: – Maestro, ¡qué hermoso es estar aquí! Haremos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

No sabía lo que decía.

Todavía estaba hablando cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía: – Este es mi Hijo, el escogido; escuchadle.

Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

Meditación

Como una luz que aclara la tiniebla escondida en la pasión, como esperanza que desvela el sentido del camino de la muerte de Jesús y de los suyos la antigua tradición ha situado la escena de victoria oculta de la transfiguración.

El gesto de Jesús que tiende hacia la muerte y que señala para todos la verdad de su camino es el signo de un fracaso. Por eso, cuando sube a la montaña y ora la verdad de su interior se patentiza: Dios le llena desde dentro, su rostro se transforma y sus vestidos se vuelven transparentes.

Cuando sentimos la palabra de Dios que le proclama el hijo amado, descubrimos que el misterio de la filiación divina de Jesús se realiza en su mismo destino humano. Dentro del contexto oriental en el que nos movemos, "hijo" no es quien tiene la naturaleza abstracta del padre, sino el que ha recibido su poder. Pues bien, Jesús lo ha recibido y puede llamarse "hijo querido" porque cumple con fidelidad lo que el Padre le ha mandado.

Las palabras de Dios ("Este es mi hijo amado, escuchadle") ofrecen una vertiente doble: Dios ha ofrecido a Jesús todo su poder sobre la tierra; Jesús, por su parte, ha cumplido de forma incondicionada la voluntad del Padre. Por eso, la verdad de este misterio puede culminar en la palabra de "escuchadle": la vida de los hombres cobra su sentido a partir del seguimiento de Jesús. La palabra de Dios ha señalado el contenido del misterio: aquel que externamente es sólo un hombre, el mismo Jesús que tiende hacia la muerte, se ha desvelado como la realidad definitiva, la presencia (el Hijo) de Dios sobre la tierra. Por un momento se ha descornado el velo de la realidad y puede verse el lado oculto (y verdadero) de las cosas.

Debemos añadir que la verdad de la transfiguración se desvela en el camino de la historia que avanza hacia su meta. Por eso aparecen en el fondo Elías y Moisés, los grandes testigos de la esperanza de Israel. Han precedido a Jesús, han marcado sobre el mundo el ritmo de la espera de los hombres y ahora al final se muestran como aliados. Por eso conversan con Jesús sobre el tema central de la historia: el camino de salida o éxodo que debe realizar en Jerusalén.

Frente al viejo camino de Israel que se condensa en la salida de Egipto y en la entrada salvadora en Palestina se sitúa aquí el auténtico camino, el éxodo del Cristo, que por medio de la muerte viene hacia la tierra de la Pascua. Sobre ese fondo concreto de la vida de Jesús se ha proclamado la palabra de Dios, que nos invita: "escuchadle". Situada en este contexto, esa palabra significa en realidad "seguidle": haced del caminar de Jesús vuestro camino.

Los discípulos no entienden. Han vislumbrado en un instante la gloria de Jesús, presienten el fulgor de la presencia de Dios y suponen que la historia ya ha llegado hasta su meta. Por eso pretenden eternizar ese momento: "Hagamos tres chozas...". Sin duda, es bueno el acampar junto a Jesús. Pero olvidan que la luz que han vislumbrado se realiza en un camino. Por eso es necesario que despierten y se encuentren solos, con Jesús que se dirige fielmente hacia su muerte.

2.º domingo de Cuaresma C

*Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto.
Escuchadle. (Mt 17,5)*



Primera lectura

Génesis 15,5-12.17-18

En aquellos días, Dios sacó afuera a Abrán y le dijo: – Mira al cielo, cuenta las estrellas si puedes. Y añadió: – Así será tu descendencia.

Abrán creyó al Señor y se le contó en su haber.

El Señor le dijo: – Yo soy el Señor que te sacó de Ur de los caldeos, para darte en posesión esta tierra.

El replicó: – Señor Dios, ¿cómo sabré que voy a poseerla?

Respondió el Señor: – Tráeme una ternera de tres años, una cabra de tres años, un carnero de tres años, una tórtola y un pichón.

Abrán los trajo y los cortó por el medio, colocando cada mitad frente a la otra, pero no descuartizó las aves. Los buitres bajaban a los cadáveres y Abrán los espantaba.

Cuando iba a ponerse el sol, un sueño profundo invadió a Abrán y un terror intenso y oscuro cayó sobre él. El sol se puso y vino la oscuridad; una humareda de horno y una antorcha ardiendo pasaban entre los miembros descuartizados.

Aquel día el Señor hizo alianza con Abrán en estos términos: – A tus descendientes les daré esta tierra, desde el río de Egipto al Gran Río.

Segunda lectura

Filipenses 3,17 – 4,1

Hermanos y hermanas: Seguid mi ejemplo y fijaos en los que andan según el modelo que tenéis en mí. Porque, como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos, hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero la perdición; su dios, el vientre; su gloria, su vergüenzas. Sólo aspiran a cosas terrenas.

Nosotros por el contrario somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. El transformará nuestra condición humilde, según el modelo de su condición gloriosa, con esa energía que posee para sometérselo todo. Así, pues, hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona, manteneos así, en el Señor, queridos.

Evangelio

Lucas 9,28b-36

En aquel tiempo, Jesús se llevó a Pedro, a Juan y a Santiago a lo alto de una montaña, para orar. Y mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos. De repente

dos hombres conversaban con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron con gloria; hablaban de su muerte, que iba a consumar en Jerusalén.

Pedro y sus compañeros se caían de sueño; y espabilándose vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él.

Mientras éstos se alejaban, dijo Pedro a Jesús: – Maestro, ¡qué hermoso es estar aquí! Haremos tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.

No sabía lo que decía.

Todavía estaba hablando cuando llegó una nube que los cubrió. Se asustaron al entrar en la nube. Una voz desde la nube decía: – Este es mi Hijo, el escogido; escuchadle.

Cuando sonó la voz, se encontró Jesús solo. Ellos guardaron silencio y, por el momento, no contaron a nadie nada de lo que habían visto.

Meditación

Como una luz que aclara la tiniebla escondida en la pasión, como esperanza que desvela el sentido del camino de la muerte de Jesús y de los suyos la antigua tradición ha situado la escena de victoria oculta de la transfiguración.

El gesto de Jesús que tiende hacia la muerte y que señala para todos la verdad de su camino es el signo de un fracaso. Por eso, cuando sube a la montaña y ora la verdad de su interior se patentiza: Dios le llena desde dentro, su rostro se transforma y sus vestidos se vuelven transparentes.

Cuando sentimos la palabra de Dios que le proclama el hijo amado, descubrimos que el misterio de la filiación divina de Jesús se realiza en su mismo destino humano. Dentro del contexto oriental en el que nos movemos, "hijo" no es quien tiene la naturaleza abstracta del padre, sino el que ha recibido su poder. Pues bien, Jesús lo ha recibido y puede llamarse "hijo querido" porque cumple con fidelidad lo que el Padre le ha mandado.

Las palabras de Dios ("Este es mi hijo amado, escuchadle") ofrecen una vertiente doble: Dios ha ofrecido a Jesús todo su poder sobre la tierra; Jesús, por su parte, ha cumplido de forma incondicionada la voluntad del Padre. Por eso, la verdad de este misterio puede culminar en la palabra de "escuchadle": la vida de los hombres cobra su sentido a partir del seguimiento de Jesús.

La palabra de Dios ha señalado el contenido del misterio: aquel que externamente es sólo un hombre, el mismo Jesús que tiende hacia la muerte, se ha desvelado como la realidad definitiva, la presencia (el Hijo) de Dios sobre la tierra. Por un momento se ha descornado el velo de la realidad y puede verse el lado oculto (y verdadero) de las cosas.

Debemos añadir que la verdad de la transfiguración se desvela en el camino de la historia que avanza hacia su meta. Por eso aparecen en el fondo Elías y Moisés, los grandes testigos de la esperanza de Israel. Han precedido a Jesús, han marcado sobre el mundo el ritmo de la espera de los hombres y ahora al final se muestran como aliados. Por eso conversan con Jesús sobre el tema central de la historia: el camino de salida o éxodo que debe realizar en Jerusalén.

Frente al viejo camino de Israel que se condensa en la salida de Egipto y en la entrada salvadora en Palestina se sitúa aquí el auténtico camino, el éxodo del Cristo, que por medio de la muerte viene hacia la tierra de la Pascua. Sobre ese fondo concreto de la vida de Jesús se ha proclamado la palabra de Dios, que nos invita: "escuchadle". Situada en este contexto, esa palabra significa en realidad "seguidle": haced del caminar de Jesús vuestro camino.

Los discípulos no entienden. Han vislumbrado en un instante la gloria de Jesús, presienten el fulgor de la presencia de Dios y suponen que la historia ya ha llegado hasta su meta. Por eso pretenden eternizar ese momento: "Hagamos tres chozas...". Sin duda, es bueno el acampar junto a Jesús. Pero olvidan que la luz que han vislumbrado se realiza en un camino. Por eso es necesario que despierten y se encuentren solos, con Jesús que se dirige fielmente hacia su muerte.